

§ 234

Los sacramentales*I. Realidad de los Sacramentales*

1. Todo el universo ha sido consagrado por la Encarnación, Pasión y Resurrección de Cristo. El mundo ha sufrido un cambio radical a partir de la venida de Cristo. De una manera velada la gloria de Dios está presente en El; el mundo anhela que se haga visible esta gloria (*Rom. 8, 19-23*).

Máximo el Confesor, comentando el Salmo pascual 117, dice: "David invita a todas las criaturas a la fiesta de este día. Hoy se abre precisamente el mundo subterráneo por medio de la Resurrección de Cristo, se renueva la tierra con los bautizados de la Iglesia y se abre el cielo por medio del Espíritu Santo. El mundo inferior nos devuelve los muertos, la tierra renovada engendra resucitados, el cielo abierto recibe a los que suben a lo alto. El buen ladrón sube a los cielos, los cuerpos de los santos ingresan en la ciudad santa, los muertos retornan al mundo de los vivos y todos los elementos se elevan dentro de un determinado ascenso gradual de lo inferior a lo superior en el momento de la Resurrección de Cristo. El mundo inferior entrega los elementos que guardaba para sí al mundo superior; la tierra envía al cielo a los sepultados y el cielo presenta al Señor a los que recibe en su seno. Y la victoria sobre el dolor del Salvador se alza a un mismo tiempo de lo más profundo, resucitado en la tierra y transportado al cielo. Porque la Resurrección de Cristo es vida para los muertos, perdón para los pecadores, gloria eterna para los santos. El santo David invita, por ello, a toda la creación a la fiesta de Cristo. Debe reinar alegría y gozo en este día; si se debe desear alegría en el día, sobre todo, hay que desearla a aquellos a los que este día abraza en especial; pero tanto el cielo como el mundo inferior están fuera de este día del mundo. ¿Cómo se puede invitar a la fiesta de este día a los elementos que no caen dentro del ámbito de este día? Este día, hecho por el Señor, penetra todas las cosas, lo contiene todo, incluyendo al cielo, a la tierra y al mundo inferior. Porque la luz de Cristo no está encerrada dentro de las paredes ni dividida por los elementos ni oscurecida por las tinieblas. La luz de Cristo es día sin noche, día sin fin, que lo ilumina todo, que no pasa..."

"De aquí que todos los elementos se gloríen en la Resurrección de Cristo. Pues creo que el mismo sol es más claro que de costumbre en este día, ya que debe alegrarse de la Resurrección de Aquel en cuya muerte sufrió con El; que le acompañó con oscura

aflicción y cuya vida acepta con los rayos de la más clara luz y que así como se oscureció en su muerte, así brilla y resplandece ahora como siervo bueno al servicio de la Resurrección.”

Todas las cosas son, por tanto, signos *rememorativos de Cristo*. Pero mientras la gloria de Cristo no aparezca en su forma definitiva y no se cumple su anhelo, son al mismo tiempo, por su caducidad y precariedad, signos rememorativos del pecado. El estado de todas las cosas sufrió una fuerte conmoción con el pecado. Están bajo la maldición que cayó sobre el hombre pecador. Y esto se exterioriza de una doble manera: en la animosidad de las cosas para con el hombre (perfidia de las cosas) y en la fuerza seductora que radica en ellas, dando ocasión de pecado al hombre orgulloso. Desde que se cometió el primer pecado todo pecado se realiza en y por las cosas. El que trajo el pecado al mundo, el diablo, es, en cierto modo, señor de las cosas por el pecado. Su dominio sufrió golpe de muerte con Cristo, pero no ha terminado todavía por completo.

2. En esta oculta santificación del mundo por Cristo y en este aún vigente estar en poder del demonio de las cosas se basan los *sacramentales* (pequeños sacramentos). Con este nombre se entienden ciertas *bendiciones y consagraciones* en las que la Iglesia hace oración sobre determinados objetos de este mundo para que desaparezca de ellos el poder del demonio, eficaz y operante en ellos, y se manifieste la gloria de Cristo radicada en ellos, estableciéndose así de nuevo el dominio de Dios y destruyendo el poder del pecado, a fin de que concedan la salvación y la gracia. *Los mismos objetos* sobre los que la Iglesia pronuncia estas oraciones se llaman sacramentales. En la Liturgia puede verse la diversidad de sacramentales.

Los sacramentales son, por tanto, signos de la fe y del amor de la Iglesia. El que se sirve de ellos penetra en la fe y caridad de la comunidad de la Iglesia y puede esperar en la gloria del Señor. Se incorpora a aquel movimiento por el que la Iglesia realiza su entrega a Cristo.

3. Hay que suponer que las bendiciones y exorcismos de la Iglesia afectan al *mismo estado de las cosas*, no en el sentido de que su naturaleza quede modificada, sino en el de que en ellas se configura la gloria de la caridad trinitaria divina (no sólo la gloria divina manifestada en la creación como tal), que no puede

comprobarse experimentalmente y que no altera la naturaleza. A las cosas les sobreviene una cualidad sobrenatural (§ 114).

De este modo se entienden correctamente los textos de la Liturgia: en la consagración del templo se dice, por ejemplo, esta oración: “Desciende, oh Espíritu Santo, a este templo que consagramos invocando tu nombre y llénalo sobreabundantemente de tus siete dones, para que cuantas veces se invoque tu nombre en esta santa morada queden atendidos los ruegos de aquellos que te invocan.” Las oraciones de la consagración del agua bautismal aluden a lo mismo (Cfr. § 226). En la consagración del óleo se dice: “Que el Señor con su santa bendición santifique y le conceda la virtud del Espíritu Santo”; y prosigue: “Con la perfección de la Trinidad Santísima bendiga el Señor y lo santifique con su santa bendición.”

4. La Iglesia consagra y bendice *el espacio, el tiempo y todas aquellas cosas que están en el tiempo y en el espacio.*

a) En primer lugar el espacio. Esto se ve sobre todo en la consagración del templo, lugar del culto de la comunidad, la casa del Señor. Por la consagración se separa este lugar del resto del mundo. Arrebatado al demonio, queda reservado solamente a Dios. En él debe tener cabida la comunidad santa, liberada de la caducidad mundana por el Bautismo, a fin de que siempre que quiera congregarse en torno a Cristo, como participante de su gloria y poderío, como hermanos y hermanas del Señor en el santuario de Dios y en comunidad con los bienaventurados, pueda hacerlo como servicio a Dios Padre. “Desde la casa del Señor resuenan las campanas, bendecidas por la consagración episcopal o sacerdotal; su eco se extiende por el campo y todo cuanto está en él participa de las bendiciones de Cristo. Hay otras bendiciones para el hogar cristiano y sus aposentos, para sus establos, para los campos, prados y viñedos, para los archivos y escuelas, bibliotecas e imprentas, hornos y centrales eléctricas, etc. Todas estas bendiciones están en relación de semejanza con la casa de Dios como lo está el sacerdocio general con el jerárquico, como la forma del desposorio de Cristo en la comunidad sacramental del matrimonio lo está con la del sacerdocio y del mundo sacramental en su aspecto más general, siempre que caigan de lleno en el marco de la vida de Cristo” (J. Pinsk).

b) También el tiempo, al igual que el espacio, está santifica-

do, implorándose de Dios quiera ser su Señor a fin de que sirva para la salvación de los hombres. Lo cual ocurre de una manera muy expresiva en el llamado Año Litúrgico. Así nace el Año del Señor, el Año de la Salud. Cfr. los manuales de Liturgia, especialmente el de Eisenhofer-J. Lechner ¹.

c) Las cosas, que están envueltas por el tiempo y el espacio y que justamente por ellas y por el uso que de ellas hace el hombre forman este mismo tiempo y espacio (Cfr. *Tratado de la Creación*), reciben una bendición y consagración propias. En el *Ritual Romano* encontramos cuatro bendiciones de manjares y bebidas distintas, una bendición para las fuentes y los puentes, para los vehículos, desde el más sencillo viaje hasta el avión; una bendición para las farmacias, molinos, barcos de pesca, para los sísmógrafos, bombas de incendio, angarillas y prendas de los enfermos, para los caballos y animales domésticos, así como sus alimentos (piensos); una bendición para las abejas y gusanos de seda; una bendición para los alpinistas y su equipaje; en resumen, todo lo que pueda ser más o menos importante y valioso en la vida humana tiene su bendición especial.

5. No puede negarse que en el elevado número de los sacramentales cabe se dé una cierta *superstición*; así ha sido alguna vez. Sin embargo, la idea básica que se expresa en ellos es ajena por completo a toda superstición. Es el pensamiento de que todas las cosas están relacionadas con Cristo, Cabeza del universo, y de que, por tanto, todas nos pueden llevar a El y deben ser medios de salvación.

II. Sentido soteriológico de los sacramentales

1. Los *sacramentales se distinguen de los sacramentos* por varias razones. No están fundados y establecidos por Cristo, sino por la Iglesia (Concilio de Trento, ses. 7.ª, can. 13; D. 856; ses. 21.ª, cap. 2; D. 931; ses. 22.ª, cap. 5 y can. 7; DD. 943, 954).

De aquí que sean *signos de la fe* de la Iglesia. El que se sirve de ellos se incorpora a la fe de la Iglesia exponiendo y confesando como miembro de ella su fe en Cristo. Pero este signo que acepta

¹ Hay traducción castellana. (N. del T.)

con fe no le causa la salud, sino que es la misma fe realizada y dada a conocer en el signo la que da la salud.

En estos objetos bendecidos por la Iglesia no se oculta una virtud sobrenatural, que se comunica al que se sirve de ellos y de la que puede disponer libremente. Los sacramentales no son un ser mágico con el que el hombre obtiene poder sobre unas fuerzas misteriosas, incluso sobre el mismo Dios. A diferencia de la magia, en la que el hombre busca obtener un dominio sobre Dios para servirse de El y de sus fuerzas, con los sacramentales, en cambio, se procura que sea Dios el que domine sobre el hombre para que, sirviendo a Dios, alcance su salvación. El sacramental es, por tanto, todo lo contrario de la magia y del hechizo. El que usa un sacramental realiza de una manera física su confianza en Dios. El uso del sacramental es una *oración* que el hombre eleva al Padre por mediación de Cristo. En él recibe la plegaria de toda la comunidad cristiana que se dirige al Padre en la consagración y bendición de un objeto. La oración de toda la comunidad cristiana se hace presente en la oración de cada individuo. Así en el uso de los sacramentales está encarnada la confianza de cada individuo, sostenida a su vez por la fe y la confianza de la comunidad.

2. De estos hechos resulta la *causalidad y su modo peculiar* de los sacramentales.

a) Los sacramentales no operan, como los sacramentos, *ex opere operato*, sino *ex opere operantis*.

b) En lo que a la causalidad de los sacramentales se refiere, tienden, como todos los hechos salvíficos, a fomentar y fortalecer el dominio de Dios. La Iglesia ruega, por tanto, para que en todos aquellos que usan de los sacramentales reine el Señor. Porque el dominio de Dios significa salud para el hombre cabe determinar la causalidad de los sacramentales de la siguiente manera: por la fe realizada y manifiesta en los sacramentales y por la oración de la Iglesia conseguimos de Dios protección contra las asechanzas del demonio, gracias diarias para obrar el bien y bendiciones temporales y terrenas, si éstas nos convienen para nuestra salvación (Cfr. § 221).

Y puesto que el sujeto de los sacramentales no puede saber jamás si los bienes temporales y la protección implorada le es provechosa o no para la afirmación del dominio de Dios en su

persona, no es posible tener una seguridad plena de recibir cosas temporales como fruto de la recepción de los sacramentales.

Puede emplearse con eficacia un sacramental para otras personas, ya que se puede abarcar también a otras personas con la fe exteriorizada en el uso de los sacramentales y con la caridad realizada en el mismo uso. Usar de los sacramentales, por ejemplo, del agua bendita en favor de otras personas es una oración visible y eficaz de la fe y del amor.

3. Las consagraciones de la Iglesia tienen una *gran importancia*. Son alusiones manifiestas a Cristo, con un simbolismo especial en cada caso. Así la luz bendecida es alusión a Cristo por ser El la Luz del mundo y ser portador, como tal, de calor y claridad (Cfr. *Cristología*). La ceniza bendecida nos lleva a El, Juez que nos llama a penitencia. El agua bendecida nos hace ver en El el Santo que purifica nuestro pecado. El pan pascual bendecido alude también a El por ser Pan de vida, la realidad que nos llena. Todo lo que las cosas consagradas simbolizan—purificación, iluminación, santidad, plenitud de vida—está realizado en Cristo de modo incomparable.

Por los sacramentales se libra y preserva la fe en Cristo de las extravagancias espiritualísticas y de la anemia que amenaza la vida. Las cosas se hacen encuentros con Cristo. En y por ellas se realiza la entrega a El. Está en nosotros, en nuestro quehacer cotidiano, dándole sentido, consistencia y amparo. Los sacramentales son una expresión del valor divino de lo cotidiano y de las cosas, de los trabajos que llenan nuestra vida de todos los días. Nos muestran que Dios toma en sus manos, santificándola, la cotidianidad.

Al mismo tiempo ponen de manifiesto la forma de existencia del mundo como transitoria e insuficiente. Señalan la existencia gloriosa de Cristo. Son símbolos de la existencia celestial. Detrás de ellas se nos aparece la vida indestructible de Cristo. Lo natural transparenta cosas celestiales. “Este es, por ejemplo, el caso cuando emprende uno un viaje que nos llevará a una meta terrena, pero que en él vemos una alusión y referencia al camino de salvación, al puerto de vida eterna, o cuando en la bendición del aeroplano se pide despierte en todos aquellos que viajen en él el deseo de lo celestial (*desideria caelestia*). Así, tenemos que el impulso inicial al despegar el avión, ese llamado rumor de altura, cobra un nuevo y más profundo sentido para los cristianos al

aludir a la *desideria caelestia*. Sorprende de una manera especial ver que precisamente este despertar de los deseos celestiales se atribuya al avión, el cual no solamente debe transportarnos por las alturas terrenas sino que, más allá de todo esto, tiene que avivar en el hombre el deseo y ansia de aquellas otras alturas, simbolizadas por estas terrenas, o que, con otras palabras, se nos presente al avión no sólo como medio de transporte, sino también como medio de gracia. Este mismo pensamiento está expresado en la bendición del instrumental de los alpinistas. En la primera oración de esta bendición se pide nos sirvan estos instrumentos para librarnos de los peligros terrenos. En la segunda se habla de las altas cimas a las que se quiere uno elevar, símbolo de la montaña que es Cristo. Y es maravillosa la relación que se establece entre ambas cosas: "Concede, oh Señor, fuerza y virtud a éstos para que mientras suben estas cimas lleguen a la montaña que es Cristo..." Viajes, vuelos, ascensos de montaña... realizan lo mismo los cristianos que los otros mortales, en igualdad de maneras, de alegrías y sufrimientos... Pero para los cristianos son algo más, por ser signos y medios de un nuevo mundo en el que Cristo se ha hecho realidad y se nos da en la Iglesia, aunque en forma velada, el mundo nuevo de la gracia. Brillan aquí el poder y la riqueza del cristiano: con la misma acción alcanza el mundo y lo prefigurado en él, Cristo, pues el mundo ha sido creado para y por El y en El tiene su consistencia."

4. Los sacramentales nos hacen ver de una manera clara que la gloria de Cristo está por venir. El mundo suspira por ella. El cristiano ama el mundo. Y con este amor suplica por la vuelta de Cristo para que quede libre el mundo de la caducidad y participe plenamente de la gloria de Cristo. (Una exposición detenida y completa sobre el sentido de los sacramentales puede verse en J. Pinski, *Sakramentale Welt*, 1938; cuanto acabamos de decir está basado en esta obra; véase también Linus Bopp, *In liturgischer Geborgenheit*, 1937; N. Dudli, *Das Segensbuch der heiligen Kirche*, 1936.)